

emociones, son preferibles éstas al frío análisis de un público que juzga en toda calma. Preferimos la lucha á la mortal indiferencia.

—Está bien, nos respondió nuestro amigo: según ese criterio, á una representación fría como la de la noche en que debutó el tenor Naudin, se debe preferir una función en que se arrojen las butacas á la escena.

No nos atrevimos á contestar: bullían en nuestra imaginación pensamientos revolucionarios, y nuestro cerebro parecía estar cargado de música del porvenir, dramas de Echegaray y dinamita.

\* \*

Ecos matritenses:

(En el Suizo, voces que oímos la víspera del estreno de Consuelo, comedia del Presidente del Congreso.)

—¿Y si el público hiciese demostraciones hostiles?  
—Tocaría el autor la campanilla, y se desalojarían las tribunas.

—La obra está salvada: se dice que el Gobierno lo ha hecho cuestión de Gabinete.

—No se sabe lo que ocurrirá: parece que ha pedido un palco por telégrafo el Sr. Posada Herrera.

—Yo he visto los preparativos del ensayo: habían puesto una butaca para el autor, lujo inusitado, y una mampara para evitar corrientes de aire. Sólo faltaban los maceros.

—Dicen que la obra tiene cada parlamento.....

—¿Y está dividida en actos ó en sesiones?

—Se ignora cuál será la actitud de Bugallal en el estreno.

(En la Estacion del Norte.)

—¿De dónde llegas, Pedro?

—Vengo de París.

—¿Habrás visitado á Salmeron?

—Yo? Si no le trato.

—¿Desdichado! No entres en Madrid.

JOSÉ FERNANDEZ BREMON.

## NUESTROS GRABADOS.

S. A. I. FRANCISCO-CÁRLOS-JOSÉ,

Archiduque de Austria, padre del actual emperador Francisco-José I.

Nuestros lectores saben ya que este anciano Príncipe (cuyo retrato damos en la plana primera) falleció en Viena, después de una breve enfermedad, en la noche del 8 del corriente.

Francisco-Cárlos-José, príncipe imperial y archiduque de Austria, y príncipe Real de Hungría y de Bohemia, nació el 7 de Diciembre de 1802, y fué el hijo segundo del emperador Francisco I y de su segunda esposa María-Teresa-Carolina-Josefa, hija del rey de las Dos Sicilias Fernando I.

Sabido es que el mencionado Emperador reinó desde 1792 á 1835, y fué el primero que llevó el título de Emperador de Austria, en vez del de Emperador de Alemania que hasta entonces habían poseído sus antecesores, y al cual hubo de renunciar por exigencias del victorioso Napoleón I.

Después de la abdicación de su hermano mayor Fernando I de Austria y V de Hungría y de Bohemia, que sucedió á su padre en 2 de Marzo de 1835, renunció á la sucesión al trono, el 2 de Diciembre de 1848, en favor de su hijo Francisco-José-Cárlos, hoy emperador reinante; contrajo matrimonio con la archiduquesa Sofía-Federica-Dorotea-Guillermina, hija de Maximiliano I de Baviera, el 4 de Noviembre de 1824, y enviudó el 28 de Mayo de 1872.

Tuvo cuatro hijos además del primogénito: el desventurado Fernando-Maximiliano-José, que aceptó la corona imperial de Méjico para morir desgraciadamente en Queretaro el 19 de Junio de 1867, y los archiduques Cárlos-Luis, María-Teresa de la Inmaculada Concepción, y Luis-Victor-José, que viven todavía.

El archiduque Francisco-Cárlos era muy querido en Austria y en Hungría, y más aún en Bohemia, y su fallecimiento ha sido muy sentido: á su entierro, que se verificó el día 15 en la cripta imperial de la iglesia de los Capuchinos, en Viena, asistieron, además de un pueblo numeroso que acudía á pagar el último homenaje de respeto y afecto á su amado Príncipe, representantes especiales de varias potencias de Europa: un delegado particular de Su Santidad el Papa Leon XIII; el príncipe Amadeo de Saboya, duque de Aosta, por el Rey de Italia; el príncipe Leopoldo de Hohenzollern, por el emperador Guillermo de Alemania; los príncipes Jorge de Sajonia y Leopoldo de Baviera, y otros.

MADRID: EXPOSICION DE BELLAS ARTES DE 1878.

El Angel caído, estatua en yeso, de D. Ricardo Bellver.

La Esclava, cuadro de D. Francisco Masriera.

En la Exposición general de Bellas Artes verificada recientemente en esta capital ha figurado con el número 406 la bellísima estatua *El Angel caído*, modelada en yeso por D. Ricardo Bellver y Ramon,—la cual aparece reproducida, según dibujo del mismo autor, en el grabado que damos en la pág. 204.

El asunto está señalado en el siguiente breve pasaje de *El Paraíso perdido*, de Milton:

«.....Por su orgullo cae (Satan) arrojado del cielo con toda su hueste de ángeles rebeldes, para no volver á él jamás. Agita en derredor sus miradas, y blasfemo las fija en el empuje, reflejándose en ellas el dolor más hondo, la consternación más grande, la soberbia más funesta y el odio más obstinado.»

En la expresión admirable de la estatua, en su rostro, en su actitud, en sus miembros contraídos, se revelan claramente la desesperación, el despecho, el odio satánico del ángel rebelde, que pretendiendo ser igual á Dios, fué vencido y arrojado á los abismos del mal.

El joven y distinguido artista Sr. Bellver, natural de Madrid, ha sido discípulo de la Escuela de Pintura, Escultura y Grabado, y de su señor padre; obtuvo una mención honorífica de primera clase en la Exposición Nacional de 1867, y ganó después por oposición una plaza de pensionado en la Academia Española de Bellas Artes, de Roma: en el primer año de su pensión, 1875, ejecutó el excelente busto del Gran Capitán, copia de la estatua en madera que labró el insigne escultor y arquitecto burgales Diego de Siloe por encargo y á presencia de la Sra. Duquesa de Sessa, esposa de aquel héroe, y cuya reproducción por medio del grabado puede verse en el núm. XI de LA ILUSTRACION del mismo año; en el segundo, ejecutó su magnífico bajo-relieve *El Entierro de Santa Ines*, que también fué reproducido por LA ILUSTRACION en el núm. XLVIII de 1876, y elogiado sin reserva por el más concienzudo de nuestros críticos modernos, el sabio académico don Aureliano Fernandez-Guerra y Orbe, en un erudito artículo que publicamos en el núm. XLI de dicho año; en el tercero, presenta el Sr. Bellver su estatua *El Angel caído*, que ha figurado también en la Exposición de Bellas Artes de Roma, y por la cual recibió su aventajado autor lisonjeros plácemes de los primeros artistas de Italia, del alemán Müller y de otros grandes maestros.

Esta estatua, que ha merecido una medalla de primera clase, figurará en la próxima Exposición internacional de París, y el Ministerio de Estado la hará fundir en bronce: así se verán cumplidos los deseos que han manifestado no pocos amantes del arte, secundando los que expresó en el año último la prensa de Italia, y en especial los periódicos *Il Fanfulla* y *La Nazione*.

—En la pág. 205 damos una copia del lindo cuadro *La Esclava*, original de D. Francisco Masriera, de Barcelona.

Los dos jóvenes hermanos de este apellido, Francisco y José, que han presentado en la Exposición cinco hermosos lienzos, son distinguidos aficionados, verdaderos *amateurs*, que emplean dignamente sus ratos de ocio en el cultivo de las Bellas Artes.

*La Esclava* ha ganado una medalla de tercera clase y el honor de ser adquirido por S. M. el Rey.

EL ESTADO MAYOR AUSTRIACO ANTE EL CADÁVER DE MARCEAU.

Cuadro de M. Jean-Paul Laurens.

En el *Salon* parisiense de Bellas Artes de 1877 figuró la excelente obra artística que reproduce nuestro grabado de las págs. 208 y 209, *El Estado Mayor austriaco ante el cadáver de Marceau*, original de M. Jean-Paul Laurens, uno de los pintores más notables de la moderna escuela francesa.

Marceau (Francisco Severino) es una figura simpática para la Francia, y aún para todos los que hayan estudiado la historia de la gran revolución francesa: «soldado á los diez y seis años de su edad y general á los veintidos», como dice textualmente la inscripción del modesto mausoleo donde yacen sus cenizas, murió con las armas en la mano á los veintisiete años, sin que ninguna grave falta militar ó política hubiese empañado hasta entonces su brillante gloria.

El malogrado general, que ganó á los vendeanos la batalla de Mans y contribuyó principalmente á la derrota de los aliados en Fleurus, tenía un maudo importante en el ejército de Sambre-et-Meuse, que operaba contra los austriacos, en 1796, en las márgenes del Rhin; mas fué herido mortalmente de bala, al practicar una atrevida exploración militar en el bosque de Hæchstenbach, y habiendo sido recogido por el ejército enemigo y transportado á Alterkinchen, falleció á las pocas horas.

El asunto del cuadro está hábilmente escogido.

«Todos (dícese en el *Raport officiel* del ejército fran-

ces de Sambre-et-Meuse, correspondiente al 21 de Setiembre de 1796), llenos de estima por su valor y su bello carácter, se apresuraron á visitarle, y aún el mismo Archiduque vino á verle. Kray, este anciano y respetable guerrero, dió señaladas muestras de dolor profundo, sentado á la cabecera del lecho de Marceau.»

El artista representa al general Marceau, con su uniforme de húsar, tendido sobre un angosto lecho de campaña, en la pequeña sala de Altenkirchen, donde el bizarro general acaba de rendir su último suspiro; por una puerta, hacia el fondo, penetra silenciosamente el Estado Mayor del ejército austriaco; á la derecha, al pié del lecho, el archiduque Carlos se inclina conmovido ante el cadáver del joven guerrero; á la izquierda, el viejo general Kray, sentado cerca de la cama, tápase el rostro con la mano derecha y solloza amargamente; detras hay dos oficiales franceses, fiero y sombrío el uno y llorando el otro, cual imágenes del dolor por la irreparable pérdida que ha sufrido su patria.

Esta escena conmovedora aparece desarrollada con la mayor sencillez, porque M. Laurens ha evitado de la misma manera los tonos exagerados y las actitudes teatrales. «Por más que se examine largo tiempo este cuadro (dice el discreto crítico Jules Comte), nada se descubre en él que choque á la vista ó al pensamiento: al contrario, se siente el ánimo como sobrecogido por una impresión de patriótica tristeza. El lienzo de M. Laurens es una página de historia, de emoción profunda y verdadera elocuencia.»

El Jurado del concurso dió al autor del *Marceau* la más bella corona de que disponía, la gran medalla de honor, y esta corona la había concedido ya de antemano á M. Laurens el público inteligente que visitó las obras de arte del Salon de 1877.

Añadirémos, para concluir, que los restos mortales de Marceau fueron inhumados en Ehrenbreitstein, delante de Coblenza, en la ribera izquierda del Rhin, bajo un sencillo monumento funerario, que consistía en una pirámide truncada, de granito, con detallada inscripción conmemorativa; y este monumento fué trasladado en 1819 á la ribera derecha del río, donde todavía existe.

## LA PAZ EN ORIENTE.

La fecha del 3 de Marzo de 1878 será siempre memorable en la historia de Rusia y en los anales del Islam, aunque por conceptos bien distintos.

Debía firmarse en tal día el tratado de paz de San Stefano, y el Gran Duque Nicolas había dispuesto, en celebridad del suceso, una revista militar en el vasto campo inmediato á la población.

No está de más recordar aquí que el mismo día se celebraba el aniversario 23.º del advenimiento de Alejandro II al trono de Rusia, y el aniversario 22.º de la reunión del Congreso de París en 1856, de donde salió el tratado de paz que ha sido destruido enteramente por el nuevo tratado de San Stefano.

Desde las once de la mañana, más de 40.000 soldados de todas armas comenzaron á moverse hacia la ribera del mar, situándose detras del elevado faro que indica á los navegantes por el mar de Mármara los numerosos escollos que existen en aquellas inquietas aguas.

Formaban las tropas un inmenso cuadro, en cuatro líneas paralelas, bajo el mando inmediato del general Gourko; en la primera línea se hallaba una brigada de la Guardia imperial; en la segunda, la infantería; en la tercera, la artillería, que constaba de catorce baterías con ocho cañones cada una; en la cuarta, la caballería, los cosacos y los cazadores. El general Skobeleff, padre, mandaba los cosacos del Don, del Oural y de Terek, y el general Skobeleff, hijo, la segunda brigada de la Guardia imperial, y allí se veían, entre los agregados militares extranjeros, dos alemanes, dos austriacos, un italiano, dos suizos, dos franceses y un oficial japonés.

El Gran Duque, seguido de un brillante Estado Mayor, se había colocado al frente de las tropas, y de media en media hora un ayudante de campo de S. A. I. iba y venía desde el Príncipe á la modesta casa donde los plenipotenciarios general Ignatief y Savfet Pachá discutían aún acerca de los artículos del tratado: este último (dice un corresponsal) pretendía hacer enmendar algunos puntos del programa ruso, y rehusaba obstinadamente poner su firma, y bien se puede asegurar que sólo cedió ante la ignominia de la ocupación de Constantinopla por los ejércitos del Czar.

A las cinco y media, cuando las tropas estaban ya rendidas á causa de tan larga espera, se apercibió á lo lejos un carruaje de dos caballos que se dirigía á todo escape hacia el campo ruso, conduciendo al general Ignatief, escoltado por dos cosacos y dos oficiales de órdenes de Savfet-Pachá. El general, presentando al Gran Duque un pliego, dijo con respeto y sin poder ocultar su alegría: —«Señor, la paz está firmada.»

Inmediatamente el Príncipe, avanzando hasta el centro de la compacta masa de tropas, y elevando las manos al cielo, exclamó con voz sonora: «¡Hijos míos, la paz está firmada!»

Vitores entusiastas acogieron la exclamación del Gran